

3er domingo de Adviento B/2014

Las lecturas de este tercer domingo de Adviento hablan de la alegría sobre el retorno del Señor. Nos invitan a alegrarnos, porque el Señor que esperábamos y para quien nos preparábamos, está a punto de llegar.

En la primera lectura, Isaías describe su misión al pueblo de Israel. Lo describe como la misión de traer alegría al pueblo y de anunciar el final de su angustia y el inicio de su liberación. El profeta compara lo que el Señor ha hecho con él a la alegría que brota del suelo cuando brotan las plantas.

Este texto ayuda a entender mejor en el Evangelio de hoy que nos habla del ministerio de Juan el Bautista y su testimonio. Primero, el Evangelio dice que fue enviado por Dios a fin de dar testimonio de la luz de modo que todos pudieran creer a través de él.

Después, nos da el contenido del testimonio de Juan. Se refiere en particular al testimonio que dio a los judíos enviados desde Jerusalén por los Sacerdotes y los Levitas para cuestionarle sobre su identidad. Muestra que en su respuesta, Juan no pretendió ser Cristo o Elías o uno de los profetas, sino simplemente una voz que invita a la gente a preparar el camino del Señor.

Muestra también la honestidad de Juan que reconoció que mientras él bautizaba con agua, había uno más grande que él y a quien no era digno de desatar sus sandalias. Finalmente, el Evangelio da el Río Jordán como el lugar en donde Juan realizaba su ministerio.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar de la alegría del retorno del Señor. De hecho, con el tiempo de Adviento, hemos comenzado un viaje que nos conduce a la celebración de Navidad. En el primer paso de este viaje, fuimos invitados a esperar al Señor con paciencia y vigilancia. El segundo paso de nuestro viaje nos ha invitado a preparar el camino para el Señor, a rellenar los valles y los agujeros de nuestra vida y de nuestro corazón para que el Señor ande por nuestros senderos. Llegamos hoy al tercer paso de nuestro viaje. Este paso nos invita a alegrarnos, porque el Señor está más cerca que nunca a nosotros; él está a punto de llegar.

En la vida ordinaria, en efecto, la gente se alegra cuando las experiencias positivas de la vida prevalecen sobre las negativas, cuando la felicidad prevalece sobre la tristeza, las sonrisas sobre las lágrimas, la risa sobre la pena y se alcanzan todas las expectativas.

Jesús fue enviado al mundo por el Padre precisamente con el fin de realizar las expectativas humanas de felicidad y alegría. Jesús es nuestra esperanza y nuestra salvación. A causa de él, tenemos la seguridad de nuestra salvación eterna. La razón por la cual, como cristianos, tenemos que alegrarnos es exactamente debido a la presencia de Jesús que es el poder de Dios en el mundo. Él viene a fin de ponernos en libertad del poder de pecado.

Jesús mismo ha hecho de las palabras del profeta Isaías sus palabras, diciendo que Dios le ha ungido de su Espíritu a fin de traer la buena noticia al pobre, de curar a los enfermos, de proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los presos.

El testigo de Juan confirma que Jesús es el Mesías prometido. De hecho, cuando alguien es convocado al tribunal como un testigo, se espera que diga la verdad de modo que él ayude al juez y a los jurados a llegar a un veredicto justo sobre el caso que tienen.

Cuando Juan el Bautista dice que le enviaron a fin de dar testimonio a la luz, nos invita al mismo tiempo a creer en Jesús y aceptar la verdad que nos dice sobre él. De hecho, Jesús es la luz del mundo sin la cual viviríamos permanentemente en la oscuridad. Como una casa sin luz permanece en la oscuridad, igual nos sucede a nosotros cuando Jesús nos falta. Necesitamos a Jesús a fin de vivir en la luz de Dios. Tenemos que abrazar sus palabras para que su luz nos rodee.

Juan el Bautista no es Cristo, o Elías o uno de los profetas, sino un instrumento usado por Dios a fin de mostrar a Jesús. Es sólo un mensajero cuyo deber es transmitir un mensaje sobre Jesús. En esta perspectiva, tiene sentido cuando dice que es la voz que grita en el desierto, invitando a la gente para preparar el camino para el Señor. El papel de una voz es de comunicar un mensaje. Una vez que el mensaje es recibido, la voz desaparece. Por eso, no era Juan el que era importante, sino Jesús a quien él predicaba.

Como Juan, nosotros también somos instrumentos de Dios para la salvación de nuestros semejantes. Dios quiere extender la mano a muchas personas a través de nuestro ministerio. Dios nos necesita para que trabajemos para él, para la salvación de nuestros semejantes. Sin embargo, por más importante que sea nuestro ministerio, no se trata de nosotros, el importante es Jesús. Nunca podemos pretender substituir a Jesús, y predicar sobre nosotros mismos.

Todos nosotros, sacerdotes, diáconos, catequistas, somos simples trabajadores del Señor. Independientemente de lo que pueda ser nuestra elocuencia, nuestra dedicación y conocimiento de las cosas de Dios, somos simples servidores del Señor. Hacemos sólo lo que se requiere de nosotros. Por eso, tenemos que ayudar al pueblo de Dios a fijar sus ojos no en nosotros, pero en Jesús, la luz del mundo. Este Adviento, a ejemplo de Juan el Bautista, tenemos que reflexionar en nuestro papel en cuanto a la manera que trabajamos con la gente, cada uno según el ministerio en el cual está involucrado.

No debemos ser ciegos a la presencia de Jesús entre nosotros. El pueblo de Israel esperaba durante mucho tiempo la realización de la promesa del Mesías que Dios les hizo. Pero cuando Jesús vino, no lo reconocieron: “en medio de ustedes hay uno, al que ustedes no conocen”, Juan dice. Si nosotros no cambiamos nuestra vida, si nos aferramos a nuestros malos hábitos y no vemos la necesidad de aprovechar el Adviento a fin de traer el aire fresco de Dios a nuestra vida, también corremos el riesgo de caer en la misma trampa que los israelitas.

Oremos, entonces, para que Dios nos ayude a escuchar a Jesús, la luz del mundo. Escuchemos al testigo de Juan el Bautista y creamos en Jesús. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Isaías 61, 1-2. 10-11; 1 Tesalonicenses 5, 16-24; Juan 1, 6-8. 19-28



Fecha de la Homilía: el 14 de Diciembre 2014

© 2014 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20141214homilia.pdf